

CAPÍTULO XVIII. *De algunas cosas sucedidas en el discurso de la fundación de esta provincia de Zacatecas*



I POR EXTENSO QUISIÉRAMOS CONTAR TODAS LAS COSAS sucedidas en las tierras de Zacatecas, y otros infieles que más acá y más adelante hay, sería hacer un libro muy cumplido y salir de el intento que llevo, que es dar breve noticia de su fundación y aumento, y por esto digo en suma que es la tierra donde más han padecido los ministros evangélicos y donde más sangre suya se ha derramado de cuantas hay en esta Nueva España; porque aquí han padecido trabajos con mucho riesgo de las personas, y muchas veces sin ningún fruto de sus buenos intentos. Aquí han sido muchos heridos, otros muertos y muchos más corridos y maltratados; cumpliéndose en ellos lo que dice el Apóstol a los hebreos de muchos que han padecido por Cristo y su ley, que fueron escarnecidos, azotados, encarcelados, apedreados, aserrados, asaetados y pasados a punta de hierro. De estos que han muerto a manos de estos bárbaros infieles se hace libro aparte. Y así no diré aquí sino casos particulares que han sucedido en orden de su conversión.

En este año de 1609 están congregados en una poblazón, veinte leguas adelante de Santa Bárbara (que son doscientas y veinte de esta ciudad), más de cuatro mil indios de nación conchos. Estas gentes corren muchas leguas y son de condición dóciles. Congrególos un religioso de San Francisco, muy gran siervo de Dios, muy pobre y humilde, llamado fray Alonso de la Oliva, que desde que se ordenó de sacerdote se metió entre estas gentes bárbaras chichimecas y ha sufrido los trabajos de su conversión; y tiene esta cantidad dicha recogida en aquel sitio. Hale costado mucho trabajo tenerlos en aquella sazón.

En Guazamota, que es veinte leguas de San Francisco de el Mezquital, están dos frailes franciscos que tienen de paz y reducidos a doctrina los indios de aquella parte, y cada día están a riesgo de perder la vida; mas como perderla por Dios es ganarla, no temen que los bárbaros se la quiten, antes con ánimos de varones esforzados, tocan al arma contra Satanás, príncipe de las tinieblas, sin recelo de que mueva a algunos de estos sus ministros gentiles para matarlos. Éstos, en otros tiempos, mataron a fray Juan Cerrado, por sólo que les administraba doctrina, y predicaba. Pero aunque hay algunos ingratos a Dios y rebeldes a sus ministros, hay otros que los aman y oyen su palabra.

En confirmación de esto contaré un caso que sucedió. En estas partes de Guazamota hubo fama de haber muy ricas minas; y como hay hombres que gastan su vida buscándolas, hubo uno llamado Juan González que lo deseó; pero no se atrevía a hacer la entrada con recelo de que no le matasen los chichimecas. Pero como el interés abre camino donde muchas veces al ingenio de el hombre le falta, pensó de vestirse un hábito de San Francisco, porque sabía que viéndole los indios en aquel hábito y persuadiéndose a

que era fraile le dejarían andar las sierras y correría los lugares que buscaba. Hízolo así y vestido con el hábito (y al parecer hecho fraile de San Francisco) entró la tierra adentro. El demonio, que habla con los indios (como con cosa suya) luego les declaró el fraude. Pero como el hombre simple no lo sabía, creyendo que su hecho era oculto seguía su intento y comenzó a buscar minas y en ninguna parte las hallaba.

Viniéronse a él los indios y sin hacerse mal le dijeron: ¿Tú piensas que nosotros no sabemos que no eres fraile (como lo representas) sino hombre común como los otros que no son frailes? Pues sábetete que ya te conocemos, pero no te haremos mal ninguno guardando respeto al hábito que traes, que es santo y de hombres santos. No temas y busca a lo que vienes y vete. Y tras esto que le dijeron fueron todos, unos tras otros a besarle el hábito y lo regalaron y sirvieron y tuvieron en mucha reverencia por la que tenían al hábito. Si éste no es caso admirable, díganlo los que lo han oído, que yo alabo a Dios en él, que por ser de su siervo San Francisco guardó al que lo llevaba vestido y se había fiado de su amparo y sombra. Y lo que más encarece este caso es que no sólo lo regalaban al tiempo que anduvo por aquellas sierras, sino que movidos algunos, algunas veces para matarle, los refrenaba mucho verle en el hábito.

Enseñábase a los indios la doctrina y ellos la oían de buena gana y le pedían que los industriase en las cosas de la fe, y así lo hizo el tiempo que estuvo entre ellos. Y cuando salió dio noticia de lo pasado; y viendo los prelados de aquella provincia la devoción de los indios, enviaron dos religiosos que asistiesen a su conversión, que son los que decimos que están hoy entre ellos.

El padre fray Juan Gómez, que al presente vive (y por esto no decimos muchas alabanzas que pudiéramos de él), ha trabajado mucho en aquella provincia y ha padecido entre estos chichimecas, como otros ministros celosos de el bien de estos indios. Y yendo una vez a predicar al Mazapil y al Saltillo, en el camino que hay de la una parte a la otra, cayó en manos de chichimecas, y lo llevaron y tuvieron consigo metido en una cueva a él y a un indezuelo que iba en su compañía. Dioles de lo que llevaba para comer (porque es toda tierra despoblada), estuvo tres días con ellos sin que le hiciesen mal. Al cabo de los cuales le preguntaron ¿qué quería hacer? Él respondió que lo que ellos quisiesen. Y con esta respuesta se hablaron entre sí y le soltaron y dejaron ir su camino. En el tiempo que tuvieron a los dos en su ranchería preguntaban al muchacho si era bueno o malo el fraile, y qué condición tenía; todo esto a fin de matarlo si no fuera a gusto la respuesta. Pero el muchacho dijo que era de la gente que los quería mucho y los regalaba y andaba entre ellos (que por ventura éstos no habían visto otro fraile) y con esto que les dijo se quietaron, y les dieron libertad a entrambos, como hemos dicho. Y los fueron acompañando cuatro leguas hasta el camino.

En los Cedros, que son haciendas de minas de Juan Guerra, cuatro leguas de el Mazapil, hubo grandes conversiones y se bautizaron muchos por mano de fray Juan Gómez, que fue enviado para este efecto; y porque la

casa que tenían los frailes aquí la pasaron al Saltillo, dejaron estos indios la doctrina de los clérigos. En una provincia que se llama Santa Lucía, setenta o ochenta leguas de Zacatecas, hay ahora gran conversión de indios infieles. Aquí mataron un fraile francisco, sacerdote, llamado fray Martín de Altamira, yéndoles a decir misa y administrar los sacramentos; y por la muerte de el fraile hicieron gran matanza en ellos los soldados que estaban de presidio. Hay frailes franciscos en esta conversión.

Siendo guardián fray Juan Gómez del pueblo de Colotlan, ya nombrado, descubrió siete leguas la sierra adentro otro, llamado Azcueztilan, cuyos moradores eran más de trescientos, los cuales eran idólatras y con facilidad los persuadió al conocimiento del verdadero Dios; y en pocos días que allí estuvo catequizó y bautizó más de cien personas. Un indio de este pueblo no pudo saber tan presto las cosas que se requieren para merecer el bautismo, y como el religioso se venía a su convento y él no quedaba bautizado, aunque lo pidió con mucha instancia, porque le dijo el inconveniente que había para no bautizarle, éste se vino tras él y trajo a su mujer consigo, olvidando su pueblo y casa de su padre (como dice el salmista) por merecer a Dios; y a los ocho días que vinieron pusieron tanto cuidado, marido y mujer, en lo que se les enseñaba, que fueron luego bautizados con mucha solemnidad, y el indio fue llamado Juan, y se volvieron a su pueblo con alegría de verse cristianos. Están pacíficos y reducidos a la fe todos los de este pueblo y son visitados de los religiosos de Colotlan. Otras más conversiones habría si hubiese ministros que entrasen la tierra adentro por esta serranía, porque cuando fuimos a la división de la provincia llegamos a este convento de Colotlan a visitarlo y vinieron muchos indios, así de los fieles como de los infieles a ver al prelado que, como hemos dicho, era el padre fray Pedro de la Cruz. Los cuales entre las cosas que le pidieron fue una, que les diese religiosos que asistiesen con ellos en sus poblaciones, y prometían de tratarlos con todo regalo. Y diciéndoles que había dificultad de enviarlos por el poco seguro que se tenía de la gente y temor de que no los matasen, que se saliesen ellos acá a mejores tierras y que en ellas los visitarían y tendrían por hijos. Respondieron muchos de ellos que los frailes podían ir seguros, como fuesen solos, que ellos los servirían y oírían su doctrina; pero acompañados de españoles no era posible que se consiguiese lo que pretendían, porque luego los maltrataban y hacían el mal que podían; y que salir por acá fuera no lo harían por no verse luego esclavos de estos mismos españoles, que ellos tenían pueblos en su tierra y todo lo que habían menester en ella; y saliendo de ella todo lo perderían. Y no pudimos persuadirles a más, aunque muchos de ellos venían a este convento a confesarse, bautizarse y a oír los oficios divinos. Y en confirmación de su pacificación y deseos de tener religiosos en sus tierras, hase haber entrado entre ellos el padre fray Gabriel Arias, que fue provincial de aquesta misma provincia; y seis meses que anduvo por aquella serranía lo trataron con mucho regalo; y cuando quiso salir a su convento no lo dejaban venir y lloraban todos porque los dejaban. Son ahora visitados de este convento de Colotlan y hacen algunas entradas allá los religiosos de él.